

ABEL SANCHEZ Y LA ENVIDIA DE UNAMUNO

Es sabido de sobra que todas las novelas de Unamuno encierran un extraordinario fondo autobiográfico. Don Miguel de Unamuno gustó, quizá con exceso, de hablar de sí mismo. Escribió en un ensayo titulado "Sobre sí mismo": "No faltará lector que al leer el título de este pequeño ensayo cínico se diga: ¡pero si nunca ha hecho usted otra cosa que hablar de sí mismo! Puede ser, pero es que mi constante esfuerzo es convertirme en categoría trascendente, universal y eterna. Hay quien investiga un cuerpo químico; yo investigo mi yo, pero mi yo concreto, personal, viviente y sufriente. ¿Egotismo? Tal vez; pero es tal egotismo que me liberta de caer en egoísmo"¹. Toda la novelística de Unamuno es un intento de autoanálisis con el propósito de realizar todas las posibilidades de su yo y de librarse de las tendencias indeseables que reconoció en sí mismo.

El tema de la envidia —el tema de Caín— aparece con una notable insistencia en la obra de Unamuno. Carlos Clavería, que ha estudiado este tema unamuniano con bastante minuciosidad, anota que el tema aparece bien dibujado en un libro tan temprano como *Paisajes*, de 1902, y se repite constantemente a través de toda la obra de Unamuno, hasta que, por última vez, se estudia detenidamente en *La ciudad de Henoc*, un artículo de 1933.

En un ensayo sobre "La envidia hispánica", escrito en 1909, exclama Unamuno:

¡La envidia! Esta, esta es la terrible plaga de nuestras sociedades; esta es la íntima gangrena del alma española. ¿No fue acaso un español, Quevedo, el que escribió aquella terrible frase de que la envidia está flaca porque muerde y no come?²

La preocupación por la envidia como un vicio característico del pueblo español ha llegado a ser casi un tópico de la literatura española. Pero en el caso de Unamuno, el tema es más que una preocupación, es una verdadera obsesión. Este hecho nos lleva a sospechar la existencia de una experiencia sumamente personal en la vida de don Miguel que le llevara a dedicar tantas y tan inquietantes páginas a la consideración de esta pasión en todos sus múltiples aspectos.

¹ *Mi vida y otros recuerdos personales* (Buenos Aires: Losada, 1959), pág. 130.

² *Ensayos* (Madrid: Aguilar, 1964), II, pág. 409.

Carlos Clavería apunta que un amigo de Unamuno, Areílza, denunciaba, en temprana fecha (15-IX-1905), la envidia de don Miguel: "No podrá subir mientras no se desprenda de la envidia y de la egolatría que le tienen consumido"³.

Pero, ¿de dónde vino esta envidia que en Unamuno llegaba al punto de amenazar la plena realización de su ser? Hasta que Freud y sus discípulos hicieron sus primeros estudios de la envidia y los celos entre los niños, se creía, por lo general, que estas pasiones tienen relativamente poca importancia antes de la pubertad. Como ha escrito el psicólogo inglés Ernest Jones, "era necesario que los estudios genéticos de la investigación psicoanalítica demostraran la influencia duradera y profunda que los celos infantiles pueden ejercer sobre todo el rumbo de la vida de una persona"⁴. Según Freud, casi todos estos conflictos e inquietudes tienen su raíz en las primeras manifestaciones del instinto sexual en los niños. Freud mostró que este instinto no difiere, como generalmente se suponía, de las otras funciones biológicas, brotando repentinamente a la edad de la pubertad en toda su plena y desarrollada actividad, sino que, como las otras funciones, sufre una evolución gradual y sólo lentamente llega a tener la forma particular en que lo conocemos en el adulto⁵. El niño tiene que aprender a querer así como tiene que aprender a andar, aunque aquella función es mucho más compleja y delicada en su adaptación que esta, y su desarrollo es, por eso, un proceso más lento y más complicado.

En la mayoría de los casos, estos primeros brotes del instinto sexual están evocados por las íntimas relaciones físicas existentes entre el niño y las personas de su ambiente inmediato, sobre todo la madre. Cuando la atracción ejercida por la madre es excesiva, puede tener una influencia decisiva en el destino posterior del niño. Ernest Jones apunta uno de los resultados posibles de la compleja interacción entre la influencia de la madre y las demás influencias:

Si la pasión despierta sufre una represión insuficiente —algo que ocurre con mucha frecuencia cuando la madre es viuda— es muy posible que el muchacho permanezca toda la vida anormalmente ligado a su madre e incapaz de querer a ninguna otra mujer, una causa bastante común de la soltería. Si es menos fuerte la ligazón, el muchacho podrá separarse de ella gradualmente. Sin embargo, pasa muchas veces que la separación resulta incompleta, de manera que el muchacho sólo puede enamorarse de mujeres que, de alguna manera, se parecen a la madre"⁶.

³ "Sobre el tema de Caín en la obra de Unamuno", en *Temas de Unamuno* (Madrid: Gredos, 1953), pág. 105.

⁴ Traducción hecha de: *Essays in Applied Psycho-analysis* (London: The International Psycho-analytical Press, 1923), pág. 43.

⁵ Traducción hecha de *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie*, 4.

⁶ *Op. cit.*, pág. 48.

Ahora nos conviene acudir a la biografía de don Miguel para ver si en realidad hay indicios de la existencia de algún problema de esta índole en su infancia. Por desgracia, no tenemos ningún estudio biográfico de don Miguel que analice detalladamente las relaciones que tenía nuestro escritor con su madre y los demás miembros de su familia durante su primera infancia. Ricardo Gullón dice lo siguiente en su libro *Autobiografías de Unamuno*:

La relación entre Unamuno y su madre está sin estudiar, pero sabemos lo suficiente para atrevernos a considerarla decisiva en la formación del hombre y del escritor. Huérfano de padre desde los seis años, quedó sometido a la dulce y casi excluyente pasión maternal. Doña Salomé Jugo era "vasca y fanáticamente católica. Ya casado y asentado en Salamanca el hijo, la vieja dama iba de vez en vez a buscarle querellas de índole religiosa", pero "de tales rifirrafes no quedan vestigios reconocibles en los textos del escritor". Sí quedan, en cambio, de la nostalgia con que el varón añoraba el amparo de la madre. Pero no por eso idealizó la maternidad; discernió en ella la tendencia a la posesividad que casi fatalmente lleva consigo como consecuencia de la honda unidad primera en que se funda. Sin la trágica desmesura de la Doña Perfecta, de Galdós, la madre de las ficciones unamunianas tendrá, en algunos casos, carácter teratológico. No anticiparé conclusiones; por ahora bastará recordar como, en esta novelística, la madre es refugio incesante, símbolo de la paz prenatal cuya oscura atracción retorna cuando sangran las heridas de la lucha cotidiana, y voluntad posesiva capaz de aniquilar al hijo, impidiéndole llegar a ser⁷.

Toda esta descripción —el niño dominado por una madre viuda y posesiva— sigue con exactitud el esquema propuesto por Ernest Jones en la cita anterior. Además, es muy sabido que Unamuno consideraba a Concha, su mujer, como una segunda madre.

Pero hay otra relación del Unamuno infantil que también podría haber contribuido bastante al desarrollo de su envidia. Carlos Clavería escribe que: "Los eruditos del porvenir no podrán pasar por alto la existencia de un hermano menor de don Miguel, Félix, farmacéutico sin botica, solterón un tanto raro, vecino de Bilbao hasta su fallecimiento, que conllevó mal la fama literaria y pública de la celebridad de la familia"⁸. En su libro *The Lone Heretic*, Margaret Rudd da la siguiente descripción de este hermano de Unamuno: "De los cuatro hermanos Unamuno, Félix, el tercero, era el menos favorecido de la fortuna. Llamado por algunos "el tonto", no parece que fuera demasiado inteligente; pero lo era lo bastante para sentir fuertemente la diferencia entre don Miguel y él mismo. Todavía se narra en Bilbao que, cuando la ciudad entera estaba pre-

⁷ (Madrid: Gredos, 1964), págs. 194-195.

⁸ *Op. cit.*, pág. 104.

parando una celebración de bienvenida para festejar la vuelta triunfal de don Miguel desde Hendaye a Salamanca en 1930, el pobre Félix, siempre objeto de chistes y bromas pesadas, se paseaba delante de la estación, abriendo y cerrando con arrogancia su abrigo y llevando en el sombrero un letrero que decía, 'No me hablen de mi hermano' ”⁹.

Carlos Clavería habla de “un cierto pudor que puede hoy hacer difícil desvelar algunos detalles de la biografía de Unamuno”¹⁰. Parece cierto que el propio Unamuno —este hombre que no se cansaba nunca en hablar de sí mismo— tuvo mucho cuidado de ocultar estos detalles penosos de su vida íntima de niño. Sin embargo, se dio cuenta de que la única manera de librarse de los efectos de estos mal reprimidos recuerdos era vivirlos, experimentarlos en toda su plenitud mediante la creación literaria. En el prólogo a *La tía Tula* escribió que “En mi novela *Abel Sánchez* intenté escarbar en ciertos sótanos y escondrijos del corazón, en ciertas catacumbas del alma, adonde no gustan descender los más de los mortales. Creen que en esas catacumbas hay muertos, a los que mejor es no visitar, y esos muertos, sin embargo, nos gobiernan. Es la herencia de Caín”¹¹.

Al leer *Abel Sánchez*, Antonio Machado se dio cuenta del carácter catártico de la novela, y escribió a Unamuno: “Ahora tiene V. que escribir su novela cristiana, que es la suya, para curarnos de esa acritud de que V. se ha curado al escribir su libro, tan fuerte y imperecedero como su mismo tema”¹².

Uno de los psicólogos modernos que se ha dedicado con más esmero al estudio de la génesis de la envidia ha sido Melanie Klein, discípula de Karl Abraham. Según ella, la envidia es un factor poderosísimo en la destrucción de las raíces de los sentimientos del amor y de la gratitud, puesto que afecta a la primera relación del niño, es decir, la relación entre el niño y la madre. La envidia es una expresión de los impulsos destructores, y tiene una base constitucional. He aquí un resumen de la teoría de la profesora Klein, en sus propias palabras:

A lo largo de toda mi obra, he atribuido una importancia fundamental a la primera relación que tiene el niño con un objeto —la relación con el pecho de la madre y con la madre— y he llegado a la conclusión de que, si este objeto primario, que está introyectado, se arraiga en el yo con una relativa seguridad, entonces puede decirse que ya existe la base para un desarrollo satisfactorio. Factores innatos contribuyen a este ligazón. Bajo el dominio de los impulsos orales, el pecho se considera instintivamente como la fuente del alimento y por eso, en un sentido más profundo,

⁹ (Austin: University of Texas Press, 1963), pág. 25. Traducción mía.

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ Citado en Clavería, *op. cit.*, pág. 101.

¹² Manuel García Blanco, ed., “Las cartas de Antonio Machado”, en *En torno a Unamuno* (Madrid: Taurus, 1965), pág. 255.

de la vida misma. Esta cercanía mental y física al pecho complaciente restaura hasta cierto punto, si todo va bien, la perdida unidad prenatal con la madre y el consiguiente sentimiento de seguridad. Todo esto depende en gran manera de la capacidad del niño para mamar suficientemente el pecho o su representante simbólico, el biberón; de esta manera, la madre se convierte en un objeto querido. Es muy posible que el hecho de haber formado parte de la madre en el estado prenatal contribuya al sentimiento innato en el niño de que existe algo fuera de él que le dará todo lo que necesita y desea. El buen pecho se ingiere y se hace parte del yo, y el niño que antes estaba dentro de la madre ya tiene la madre dentro de sí mismo.

Las circunstancias externas hacen un papel decisivo en la relación inicial con el pecho. Si el parto ha sido difícil, y especialmente si resulta con complicaciones como la falta de oxígeno, ocurre un disturbio en la adaptación al mundo externo y la relación al pecho comienza con una gran desventaja. En tales casos, la capacidad del niño para experimentar nuevas fuentes de gratificación sufre un menoscabo y, por consiguiente, no puede interiorizar suficientemente el objeto primario, aunque éste sea bueno en realidad. Además, si el niño esté bien alimentado y cuidado, si a la madre le gusta cuidar al niño o si está ella ansiosa o tiene dificultades psicológicas con la lactancia, todos estos factores influyen sobre la capacidad del niño para aceptar la leche con provecho e interiorizar el buen pecho¹³.

De todo esto, la profesora Klein saca la conclusión de que si el niño no tiene una buena relación con el pecho —no puede mamar la leche con bastante facilidad— empieza a envidiar el pecho, cree que el pecho maligno quiere guardar todos sus “bienes” para sí mismo. Entonces el niño trata de dañar el pecho, de destruirlo, de “matarlo”. Y después, si a veces logra mamar el pecho con más provecho, se siente culpable por haber deseado dañar el pecho. En todo caso, resulta casi imposible que el niño llegue a tener una buena relación con el pecho después de una mala experiencia inicial. Y el último resultado de este hecho es que el niño no podrá nunca tener confianza en sí mismo ni relaciones satisfactorias con otros “objetos” exteriores.

Por supuesto, el niño siente todo este proceso de una manera muy primitiva que no permite una expresión verbal. Cuando estas emociones preverbales surgen en una situación de transferencia, aparecen como “recuerdos en sentimientos” y sólo pueden reconstruirse y hacerse verbales con la ayuda del psicólogo.

Si aceptamos la validez de esta teoría, no sería demasiado atrevido suponer que la raíz de la envidia de don Miguel de Unamuno puede trazarse a su malograda relación con el pecho de su madre. Me parece muy

¹³ Traducción hecha de: *Envy and Gratitude* (London: Tavistock Publications, Ltd., 1957), págs. 3-4.

difícil que Unamuno se hubiera dado cuenta de este hecho de una manera clara y consciente, pero espero mostrar que este recuerdo permanecía en el subconsciente de nuestro autor y que, al escarbar "los sótanos y escondrijos" de su corazón, lo intuyó acertadamente.

Hay un episodio muy curioso y muy significativo en la novela *Abel Sánchez*. El protagonista, Joaquín Monegro, hombre envidioso y *alter ego* de Unamuno, es médico. Voy a dejar que nuestro don Miguel cuente el suceso en sus propias palabras:

Un día le llegó una pobre mujer de la vecindad, gastada por los años y los trabajos, cuyo marido, en los veinticinco años de matrimonio, se había enredado con una pobre aventurera. Iba a contarle sus cuitas la mujer desdenada.

—¡Ay, don Joaquín! —le decía—. Usted, que dicen que sabe tanto, a ver si me da un remedio para que le cure a mi pobre marido del bebedizo que le ha dado esa pelona.

—¿Pero qué bebedizo, mujer de Dios?

—Se va a ir a vivir con ella, dejándome a mí, al cabo de veinticinco años...

—Más extraño es que la hubiese dejado de recién casados, cuando usted era joven y acaso...

—¡Ah, no señor, no! Es que le ha dado un bebedizo trastornándole el seso; porque, si no, no podría ser... No podría ser...

—Bebedizo..., bebedizo... —murmuró Joaquín—.

—Sí, don Joaquín; sí, un bebedizo... Y usted, que sabe tanto, deme un remedio para él.

—¡Ay, buena mujer!, ya los antiguos trabajaban en balde para encontrar un agua que los rejuveneciese...

Y cuando la pobre mujer se fue desolada, Joaquín se decía: "Pero no se mirará al espejo esta desdichada? ¿No verá el estrago de los años de de rudo trabajo? Estas gentes del pueblo todo lo atribuyen a bebedizos o a envidias... ¿Que no encuentran trabajo?... Envidias... ¿Que les sale algo mal? Envidias. El que todos sus fracasos los atribuye a ajenas envidias es un envidioso. ¿Y no lo seremos todos? ¿No me habrán dado un bebedizo?"

Durante unos días apenas pensó más que en el bebedizo. Y acabó diciéndose: "¡Es el pecado original!"¹⁴.

Es obvio que, al principio, don Miguel rechazó la idea del bebedizo maléfico como nada más que una superstición popular. Pero, ¿y por qué hizo que Joaquín repitiera la palabra, como si estuviera meditándola? Casi todas estas supersticiones populares encierran un elemento de verdad. ¿Se dio cuenta de una oscura conexión entre el bebedizo —es decir,

¹⁴ Edición de Angel del Río y Amelia A. del Río (New York: The Dryden Press, 1947), págs. 70-71.

algo bebido o más bien mamado— y la envidia? Parece que sí, que hay una confusa intuición aquí. Y cuando dice que el bebedizo es el pecado original, une la idea del bebedizo con la de la maldad inherente en el hombre, algo con que nace, algo malo que recibe de sus padres.

Sin embargo, la misma vaguedad y ambigüedad de estas referencias hacen que la cita no sea lo suficientemente clara e inequívoca para comprobar nuestra hipótesis. Pero ya que había sentido esta intuición vaga, Unamuno la medita, la explora de una manera obsesiva. Más adelante en la novela, Abel Sánchez se pone a pintar un cuadro de Caín y Abel, y discute el proyecto con su amigo Joaquín Monegro. Abel lee el relato bíblico en voz alta, y después lo discute con Joaquín. Entonces Joaquín pregunta:

—¿Por qué miró Dios con agrado la ofrenda de Abel y con desdén la de Caín?

—No lo explica aquí...

—¿Y no te lo has preguntado tú antes de ponerte a pintar tu cuadro?

—Aún no... Acaso porque Dios veía ya en Caín el futuro matador de su hermano..., al envidioso...

—Entonces es que le había hecho envidioso, es que le había dado un bebedizo¹⁵.

Aquí entra la idea de la predestinación, que va a tener una importancia fundamental en la novela. Y ¿qué "bebedizo" le habría dado Dios a Caín? Sigue esta discusión extraña, y Joaquín le pregunta a Abel:

—Y dime, ¿no te inspira tu mujer algo para ese cuadro?, ¿no te da alguna idea?

—¿Mi mujer? En esta tragedia no hubo mujer.

—En toda tragedia la hay, Abel.

—Sería acaso Eva...

—Acaso... La que les dio la misma leche: el bebedizo...¹⁶

En esta cita la primera intuición empieza a clarificarse. En toda tragedia hay mujer, y la mujer trágica por excelencia es la madre. El bebedizo es la leche maternal, fuente de envidia, odio y tragedia. De aquí en adelante, este hecho parece claro e inconfundible. La imagen aparece por última vez en la novela cuando el pobre Joaquín, ya moribundo, pregunta:

—¿Por qué he sido tan envidioso, tan malo? ¿Qué hice para ser así? ¿Qué leche mamé? ¿Era un bebedizo de odio? ¿Ha sido un bebedizo de sangre? ¿Por qué nací en tierra de odios? En tierra en que el precepto

¹⁵ *Ibid.*, págs. 80-81.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 83.

parece ser: "Odia a tu prójimo como a ti mismo". Porque he vivido odiándome; porque aquí todos vivimos odiándonos"¹⁷.

Ya hemos apuntado una referencia a la predestinación, al referirnos a la cita en que Joaquín Monegro sugiere que Dios le había hecho envidioso a Caín. En otro pasaje de la novela, Joaquín trata de salvarse de su envidia mediante la religión. Va a la iglesia para confesarse y, en medio de la confesión, le pregunta al cura:

—¿Qué hice yo para que Dios me hiciese así, rencoroso, envidioso, malo? ¿Qué mala sangre me legó mi padre?

—Hijo mío, hijo mío...

—No, no creo en la libertad humana, y el que no cree en la libertad no es libre. ¡No, no lo soy! ¡Ser libre es creer serlo!¹⁸.

Y ¿por qué no puede creer en la libertad humana? Yo creo que su conocimiento del hecho de que su envidia es algo inexorable e involuntario, es una parte íntegra de su ser, le impide creer en la libertad. Cuando por primera vez se dio cuenta de la existencia de esta envidia, se vio como *predestinado* al odio y al sufrimiento resultante de este odio, un sufrimiento que consideraba como el infierno: "Empecé a odiar a Abel con toda mi alma y a proponerme a la vez ocultar ese odio, abonarlo, criarlo, cuidarlo en lo recóndito de las entrañas de mi alma. ¿Odio? Aún no quería darle su nombre, ni quería reconocer que nací, predestinado, con su masa y con su semilla. Aquella noche nacía al infierno de mi vida"¹⁹.

Hay que recordar aquí que, según Melanie Klein, la envidia tiene una base constitucional, es el resultado necesario de unas circunstancias sobre las cuales el individuo no tiene ningún poder. Es obvio que estamos tratando aquí de una actitud hondamente determinista, que niega casi totalmente el libre albedrío. Freud y sus discípulos creían que el hombre es "predestinado" por los acontecimientos de su primera niñez, que ejercen una influencia decisiva sobre todo el resto de su vida.

Si en el caso de una persona religiosa, como Unamuno, estas malas tendencias se refieren a Dios, el individuo llega a considerar a Dios como un ser injusto y cruel, que nos crea para atormentarnos, y después de haberse entretenido con nuestras desdichas, nos mata. Una actitud como esta fácilmente le llevaría a uno a odiar y a envidiar a Dios. Sobre este punto, Julián Marías dice algo muy interesante en su libro sobre Unamuno, y creo que vale la pena citarlo aquí:

En primer lugar, el que se odia a sí mismo, ¿desde dónde se odia?, mejor dicho, ¿desde quién? ¿Quién es el más profundo *yo* que se revuelve

¹⁷ *Ibid.*, pág. 189.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 102.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 51.

contra su otro yo escindido? ¿Qué problema ontológico plantea esa extraña posibilidad del amor o el odio a sí mismo? Y en segundo lugar, ¿cuál es la raíz de ese odio de sí propio y de los demás? Todo odio es envidia, dice Unamuno; pero entonces, el odio a sí mismo, ¿qué sentido tiene? No sería difícil descubrir en él una raíz de soberbia, de odio a la limitación, a la finitud, a la necesidad no aceptada de morir; en el fondo, se podría hablar de una satánica *envidia de Dios*, un *odium Dei*, la inversión rigurosa de la caridad. Y de esta inversión de la caridad en su sentido primario de *amor Dei* fluye inevitablemente la destrucción de la caridad como amor al prójimo. Y a veces el origen concreto del odio a Dios y de la más honda desesperación es el odio a su imagen, al hombre. Y entonces el círculo se cierra. Como dice San Juan, si alguien dice que ama a Dios, y odia a su hermano, miente; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, a Dios, a quien no ve, ¿cómo puede amarlo? *Si quis dixerit quoniam diligo Deum et fratrem suum oderit, mendax est. Qui enim non diligit fratrem suum quem videt, Deum quem non videt quomodo potest diligere?* (Joannis Ep. I, 4, 20). Vemos, pues, hasta donde nos lleva este intento de penetrar en el secreto del alma humana²⁰.

Sabiendo la actitud de Unamuno hacia Dios, nos es fácil comprender la simpatía que hace sentir su Joaquín Monegro hacia Caín. El crítico inglés F. L. Lucas ha estudiado una situación muy semejante al analizar la simpatía que mostró Milton hacia Satanás en su libro *Paradise Lost*. Lucas concluye su estudio de este problema diciendo, "El problema verdadero no es, creo yo, que Milton haya hecho demasiado simpático su ángel rebelde, sino que hizo tan antipático su Padre Todopoderoso —un personaje pomposo contra quien muchos de nosotros nos hubiéramos juntado con ganas a cualquier rebelión que ofreciese la menor posibilidad de éxito—" ²¹. Pero estas consideraciones nos llevarían muy lejos del tema de este ensayo, y podrían constituir un estudio interesante en sí.

Para curarse de su envidia, Joaquín Monegro siente la necesidad de revivir la experiencia primaria para llevarla al feliz desenlace que no pudo tener en la primera instancia. Es decir, si pudiera establecer una buena relación con la madre, quizá se curaría de los efectos de la mala relación anterior. Pero es obvio que no puede volver a ser niño. Por eso, se pone a buscar una mujer que pueda substituir a la madre real:

Dedicóse Joaquín, para salvarse, requiriendo amparo a su pasión, a buscar mujer, los brazos maternos de una esposa en que defenderse de aquel odio que sentía, un regazo en que esconder la cabeza, como un niño que siente terror al coco, para no ver los ojos infernales del dragón de hielo²².

²⁰ *Miguel de Unamuno* (Madrid: Espasa-Calpe; Colección Austral, 1960), págs. 109-110.

²¹ Traducción hecha de: *Literature and Psychology* (London: Cassell & Company, Ltd., 1951), pág. 15.

²² *Abel Sánchez*, pág. 63.

Encuentra la mujer y se casa con ella, pero no tiene éxito en su intento de curación, porque se siente incapaz de querer a su mujer. Se da cuenta de este hecho cuando dice:

¿Pero llegué yo a querer de veras a mi Antonia? ¡Ah! si hubiera sido capaz de quererla me habría salvado. Era para mí otro instrumento de venganza²³.

El fracaso de este intento era muy predecible y casi inevitable. La envidia ya había perjudicado la confianza de Joaquín en la sinceridad de todas sus relaciones con los demás y le había hecho dudar de su capacidad para el amor y la bondad. Como dice Unamuno, "Aquel hombre no podía ser de su mujer, porque no era de sí mismo, dueño de sí, sino a la vez un enajenado y un poseído"²⁴. La incapacidad para el amor le parece a Joaquín el resultado más insoportable de su envidia. Hablando con Helena, la mujer de Abel Sánchez, dice:

—Porque mira, Helena, no es lo peor no ser querido, no poder ser querido; lo peor es no poder querer.

—Eso dice don Mateo, el párroco, del demonio, que no puede querer.

—Y el demonio anda por la tierra, Helena²⁵.

Otro resultado de la envidia es el deseo de ser envidiado. Sobre este punto, Melanie Klein escribe:

Una causa particular de la envidia es la relativa ausencia de ella en los demás. Se siente que la persona envidiada posee lo que, en el fondo, es lo más deseado y apreciado —esto es, un buen objeto, que también significa buen carácter y cordura. Además, la persona que puede gozar de buena gana de la obra creadora y la felicidad de los demás no sufre los tormentos de la envidia, la pesadumbre y la persecución. Mientras que la envidia es la fuente de mucha infelicidad, se cree que una relativa libertad de ella posibilita los estados mentales de contentamiento, paz— y últimamente, la cordura²⁶.

Joaquín Monegro quiere ser envidiado, odiado, y escribe en su *Confesión*: "Y esta idea de que ni siquiera pensasen en mí, de que no me odiaran, torturábame aún más que lo otro. Ser odiado por él, con un odio como el que yo le tenía, era algo, y podía haber sido mi salvación"²⁷. Ocurre más adelante en la novela que un pobre hombre le envidia a Joa-

²³ *Ibid.*, pág. 87.

²⁴ *Ibid.*, pág. 72.

²⁵ *Ibid.*, pág. 62.

²⁶ *Op. cit.*, pág. 41.

²⁷ *Abel Sánchez*, pág. 90.

quín, y le confiesa su envidia. Joaquín queda estupefacto y no sabe qué responder: "He aquí una cosa que no comprendo bien, amigo mío; no comprendo que nadie se disponga a dar la vida por poder ser otro, ni siquiera comprendo que nadie quiera ser otro. Ser otro es dejar de ser uno, de serse el que se es"²⁸. Según los psicólogos freudianos, el hecho de ser enviado no puede ayudarle al hombre envidioso a curarse de su envidia. Al contrario, el hombre envidioso les considera a las personas que le envidian a él como sus peores perseguidores.

Joaquín quiere hacerse un científico famoso, para eclipsar la fama artística de Abel, como declara en las palabras siguientes:

No era, sin embargo, la ganancia —dice en su *Confesión* póstuma— lo que más me impedía dedicarme a la investigación científica. Tirábame a ésta, por un lado, el deseo de adquirir fama y renombre, de hacerme una gran reputación científica y asombrar con ella la artística de Abel, de castigar así a Helena, de vengarme de ellos, de ellos y de todos los demás, y aquí encadenaba los más locos de mis ensueños; mas por otra parte, esa misma pasión fangosa, el exceso de mi despecho y mi odio me quitaban serenidad de espíritu. No, no tenía el ánimo para el estudio, que lo requiere limpio y tranquilo. La clientela me distraía²⁹.

Y, ¿por qué no tenía el ánimo para el estudio? Tal vez la siguiente cita de la profesora Klein nos dará una pista:

La ambición es otro factor muy instrumental en el fomento de la envidia. Esta se relaciona con frecuencia con la rivalidad y la competencia en la situación Edipo; pero si se hace excesiva, demuestra claramente su raíz en la envidia del objeto primario. El conflicto entre el deseo de hacer reparación al objeto lastimado por la envidia destructora y una nueva apariencia de esta envidia causa muchas veces el fracaso de la ambición³⁰.

Joaquín hace varios otros intentos de curación, pero sólo logra curarse en el momento de la muerte. Joaquín Monegro era insaciable, no podía satisfacerse nunca, porque su envidia vino de dentro y siempre podría encontrar un objeto. Quizá podría haberse curado si hubiera podido reconocer claramente la verdadera raíz de su envidia; pero puede ser que la pena que le habría causado esta revelación hubiera sido peor que la aflicción mental que padecía. Además, el hecho de que Joaquín quería curarse no es tan cierto como parece a primera vista. Julián Marías escribe acertadamente:

²⁸ *Ibid.*, pág. 151.

²⁹ *Ibid.*, pág. 67.

³⁰ *Op. cit.*, pág. 35.

³¹ *Op. cit.*, pág. 107.

Joaquín oscila siempre entre dos extremos: el afán de curación, de liberarse de su odio, y el hondo apego a él, su radical vinculación a la pasión que lo devora. Y esto revela que siente a su odio como su propia realidad, como un momento ontológico que lo constituye; Unamuno ve claramente que no se trata de un sentimiento, sino de una determinación del ser; Joaquín *es* odioso, y por aquel conato de perseverar en el ser de que Spinoza hablaba, adhiere a su ser de odiador; y únicamente quisiera escapar a él en nombre de otro ser posible suyo, más hondo acaso, aquel que sería si tuviera un *auténtico amor*, a su mujer o a un hijo, es decir, otra determinación ontológica de opuesto signo³¹.

Aristóteles observó que la tragedia de un hombre que se destruye ciegamente a sí mismo es más emocionante que la de la ruina efectuada por enemigos exteriores. Aquel tipo de tragedia adquiere una ironía trágica. Pero esta ironía trágica de la autodestrucción no es meramente un artificio teatral; si lo fuera, sería mucho menos dramática. Se basa, muchas veces, en una honda realidad psicológica. Nos traiciona lo falso que llevamos dentro de nosotros. Así fue la tragedia de Joaquín Monegro.

MICHAEL D. MCGAHA

*Department of Modern European Languages
Pomona College
Claremont, California 91711
U.S.A.*